

LA AMENAZA DE GUERRA COMERCIAL QUE ENARBOLA ESTADOS UNIDOS SE CONVIERTE EN EL ÚLTIMO PASATIEMPO DE LOS MERCADOS PARA ESTE AÑO

Juan Javier Andrés



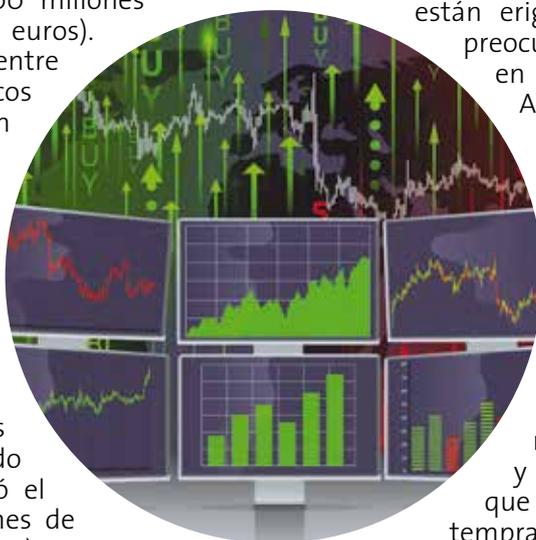
LAS BOLSAS

en guardia por los roces comerciales

No hay testigo tan efectivo, mudo y silencioso del gigantesco comercio mundial que pase tan desapercibido como las etiquetas “*made in*”, esa eterna marca de la casa que dice “fabricado en”. Curiosamente, su invención tiene poco de sello de calidad y mucho de estigma. Harta de que Alemania impusiese cierto proteccionismo arancelario a la entrada de productos extranjeros en su territorio, Inglaterra tomó en 1887 una decisión audaz y sin parangón hasta entonces. Por iniciativa propia impuso semejante distinción a productos germanos que entraban en las islas con el fin de estigmatizarlos, hundir sus ventas y echar por tierra su proteccionismo. Sin embargo, por esas llamativas ironías del destino, los consumidores supieron poner en valor su calidad y el efecto que provocó fue tan contraproducente que esta etiqueta pasó a ser un sello de distinción y hoy, más de 132 años después, es rigurosamente indispensable para cualquier producto. Ahora que Estados Unidos, bajo la aguerrida presidencia de Donald Trump, levanta el hacha de guerra comercial contra otras potencias económicas, en especial contra China, cobran sentido esas lecciones de la Historia, como la relatada, para reflejar las adversas consecuencias de todo conflicto comercial para todo el mundo, incluidas las bolsas.

La secuencia de hechos se ajusta a la eterna relación de acción y reacción. Bajo su enfático lema de “Estados Unidos, primero”, la Administración estadounidense de Trump, consciente de que afronta unas decisivas elecciones legislativas en noviembre, pretende reducir el inmenso desequilibrio de su balanza comercial exterior (diferencia entre lo que vende y compra al exterior) para dar más potencia a su motor económico interior. Una de sus medidas pasa por restar atractivo a los productos extranjeros y, para ello, pretende imponer aranceles a la entrada de productos foráneos. En esta peligrosa dinámica, Estados Unidos ha abierto fuego, Europa se ha puesto de perfil y China ha respondido con sus mismas bazas.

El principal blanco de esta ira comercial es China, un país al que Estados Unidos acusa de “prácticas injustas”, al que pide una mayor apertura de su mercado local y con el que su déficit o desequilibrio comercial sobrepasa los 375.000 millones de dólares (315.000 millones de euros). Estas crecientes hostilidades entre los dos transatlánticos económicos mundiales se han traducido en una guerra de aranceles mutuos por valor de 100.000 millones de dólares (85.000 millones de euros) a la importación de sus productos, desde acero, aluminio, automóviles y alta tecnología hasta soja, carne de cerdo y algunas frutas. Son cifras muy llamativas para estos dos colosos económicos, los mayores exportadores del mundo cuyo comercio bilateral alcanzó el pasado año los 630.000 millones de dólares (529.000 millones de euros).



Condenados a entenderse

Esta escalada ha sido, sin embargo, el paso previo a que los dos gigantes se sentasen a negociar y llegasen a una cierta declaración de intenciones. Estados Unidos y China han congelado esta avalancha de aranceles a cambio de que China compre más bienes estadounidenses y reduzca su desequilibrio comercial con la primera potencia mundial. Uno y otro están condenados a entenderse, conscientes del daño que se pueden provocar. Como se dice coloquialmente, en las peleas de elefantes la que más sufre es la hierba que pisan, y en este caso hay mucha hierba sobre el terreno. Sírvese de referencia que en los últimos veinticinco años las compañías estadounidenses han invertido alrededor de 250.000 millones de dólares (210.000 millones de euros) en procesos productivos en China, y cualquier obstáculo les dañaría directamente.

No es la primera vez ni será la última en que se recurra al proteccionismo para frenar el crecimiento del rival económico del momento. En 1981 Estados Unidos, bajo la presidencia de Ronald Reagan, enfocó su ataque comercial en Japón e impuso un arancel del 100% a la importación de automóviles japoneses, además de perjudicar la entrada de ordenadores y motocicletas

LOS DOS COLOSOS ECONÓMICOS MUNDIALES, ESTADOS UNIDOS Y CHINA, AMAGAN CON UN CRUCE DE ARANCELES PARA CONSEGUIR CONCESIONES DE SU MÁXIMO RIVAL COMERCIAL

niponas, entre otros muchos artículos. En 2002 George W. Bush concentró toda su artillería arancelaria en un solo sector, imponiendo un impuesto del 30% a todas las importaciones de acero. Pero la Historia también demuestra que, pese a los daños recíprocos que provocan, ninguno de estos roces comerciales ha desembocado jamás en una guerra comercial de primera magnitud.

Sin embargo, estas escaramuzas comerciales se están erigiendo en una de las potenciales preocupaciones de los mercados financieros en un momento delicadamente clave. Aunque la locomotora económica mundial marcha al mejor ritmo de la última década y tapa los nubarrones que se divisan a largo plazo, y los resultados de las empresas vuelan con estos formidables vientos de cola, las bolsas están en guardia ante lo que se avecina en los próximos meses. Los grandes bancos centrales, que al fin y al cabo marcan la pauta de los mercados, se disponen a poner punto y final a los estímulos monetarios que han ayudado a las bolsas y, más temprano que tarde, subirán el precio oficial del dinero.

Cualquier abrupta ruptura de este escenario aparentemente idílico, y a ella puede contribuir una guerra comercial global, tendría consecuencias, aún más para los mercados. **“Cuando los inversores no saben bajo qué condiciones van a invertir, son reacios a hacerlo. Una guerra comercial erosionaría esta confianza”**, avisó en marzo la directora gerente del Fondo Monetario Internacional (FMI), Christine Lagarde. Para el Banco Central Europeo (BCE), el peligro es tan formidable que un incremento del 10% de los aranceles reduciría un 10% el comercio mundial y un 2% lo que la economía mundial crece en un año.

Con esta amenaza sobre la mesa, no debe sorprender que las bolsas, que este año vuelven a moverse bajo la insistente presencia de la volatilidad y una mayor aversión al riesgo, han cotizado a la baja en los últimos meses cualquier impetu proteccionista. Si este escenario se deteriora, podría echar por tierra el dominó alcista que impera en los mercados desde hace una década, truncando el segundo mayor rally de la historia de Wall Street y socavando las aspiraciones eternamente alcistas del Viejo Continente. De hecho, tanto unas como otras luchan por estirar su rentabilidad en 2018 y alargar, un año más, su idilio con los inversores, sin olvidar jamás que el proteccionismo trae sorpresas bajo el brazo como bien lo etiqueta el **“made in”**.



Todas las claves para sortear el VERANO BURSÁTIL

LA ÉPOCA DEL AÑO MÁS ENIGMÁTICA PARA LOS MERCADOS HUNDE LA ACTIVIDAD EN LOS PARQUÉS Y ESCONDE SORPRESAS PARA LOS INVERSORES

Juan Javier Andrés

Aquel 9 de agosto de 2007 nada hacía presagiar el terremoto global que se avecinaba. Apretaba el sol de lo lindo, el mes de vacaciones por excelencia daba sus primeros pasos, los mercados y sus radiantes inversores disfrutaban de los niveles más altos de su Historia y también de una contagiosa calma, quizás premonitoria señal de la tempestad. Todos parecían descansar de un pletórico ejercicio. Excepto los bancos centrales, ya por entonces intranquilos por el progresivo colapso del mercado hipotecario estadounidense y su impredecible e insospechado efecto dominó sobre el mundo financiero global.

A mediodía estalló el diluvio en plena canícula.

El Banco Central Europeo (BCE), en aquella época bajo el mando del francés Jean-Claude Trichet, se arremangaba y acudía en ayuda del sector con la por entonces mayor inyección de liquidez de su existencia. Pronto le secundaron el resto de sus homólogos centrales. Fue la primera gran acción, la primera de muchas para controlar la gigantesca tormenta financiera y económica que golpearía al mundo en los años venideros. Aquel 9 de agosto las bolsas y los inversores fueron los primeros en empaparse con este diluvio. Wall Street firmó la peor sesión en cuatro años, y Europa y el resto de mercados y activos también se vieron arrastrados por la corriente bajista. Ocurrió en verano. No es algo baladí. Suele ser la época del año que tiende a ser más peligrosamente enigmática para el mundo de las inversiones. Lo mismo los inversores celebran subidas meteóricas como lloran desplomes sin fin o sobreviven a tediosas sesiones bursátiles.

En estos meses de descanso veraniego todo puede ocurrir en bolsa. Aún más en este agitado 2018 en el que los mercados están mostrando con contundencia su naturaleza camaleónica a golpe de incertidumbres, anuncios sorpresa o peligrosas tendencias. En este primer semestre del año los inversores se han tenido que reponer de la mayor caída en puntos de la historia de Wall Street el pasado febrero y la consiguiente espiral bajista global que provocó, los temores a una subida más rápida de los tipos de interés, los tambores de guerra comercial que Estados Unidos se ha encargado de redoblar cada dos por tres o la fortísima revalorización del petróleo, amén de ese continuo foco de movimiento que representa el dólar. Sin olvidar en este complejo escenario la resurrección de la volatilidad, y esa creciente sensación de riesgo que siempre acarrea. Pese a semejante torrente de preocupaciones, los mercados se han recompuesto con vigor y algunas bolsas ya luchan por poner su rentabilidad en positivo este año.

Tiempo de tregua

Tras superar tantos altibajos, quizás este año toque, por fin, un verano de tregua, y los mercados prefieran prestar atención al favorable ciclo económico, a unos resultados empresariales al alza (en Estados Unidos tuvieron la mejor temporada de resultados en el primer trimestre en siete años) y a unas contenidas perspectivas de inflación. Está por ver si pasan a segundo plano las inquietudes que atenazan este año a las bolsas, ya sean las perspectivas de encarecimiento del precio del dinero, el nerviosismo en la renta fija de Estados Unidos, los roces comerciales entre las grandes potencias económicas o el creciente riesgo político que emanan España e Italia.

Pese a que la mala fama se la suele llevar el otoño bursátil, históricamente marcado por el crack de octubre de 1929 y el de 1987, quizás semejante etiqueta tendría que llevarla el verano bursátil. Los antecedentes hablan por sí mismos de los embates que, a veces, se producen durante estas semanas. La invasión de Kuwait por Irak en agosto de 1990, la salida en tromba de capitales de países asiáticos en 1997, la crisis de Rusia en 1998, los primeros coletazos de la tormenta financiera global en agosto de 2007, la histórica intervención del presidente del BCE, el italiano Mario Draghi, en Londres en julio de 2012 que salvó al euro o la sorprende devaluación del yuan por parte de China que desató los nervios del mercado en pleno agosto de 2015.

Aparte de la poderosa influencia que estos acontecimientos ejercieron para marcar el sino de los mercados, la época del año también influye en la tendencia. Junto con Navidad, el verano, y sobre todo agosto, tiende a ser el período del año en el que más se reduce el volumen de negociación de las acciones. En estas circunstancias cualquier sorpresa o susto tiende a magnificarse, los movimientos hacia abajo o hacia arriba son más pronunciados y la volatilidad se apodera del entorno. Un ejemplo de esta montaña rusa lo representa el principal índice bursátil de España, el Ibex-35. En los últimos veintidós años, desde 1995, el selectivo español ha cerrado agosto con pérdidas en doce ocasiones.

A sabiendas de cómo se las puede gastar esta época del año a los mercados, tenga en cuenta varios consejos. Sea más selectivo a la hora de invertir en la renta variable, huya de los chicharros (valores de poco valor que, presos de una atroz especulación, suben como la espuma y bajan a plomo) e invierta con visión de largo plazo y en compañías con generación recurrente de beneficios y permanente retribución al accionista, señales que le permitirán afrontar escenarios bursátiles más agitados. Además, si ha sacado partido de la bolsa en la primera parte del año, quizás también le convendría reducir su exposición y aumentar la liquidez para tomarse un respiro ante una vuelta del verano que promete ser apasionante.

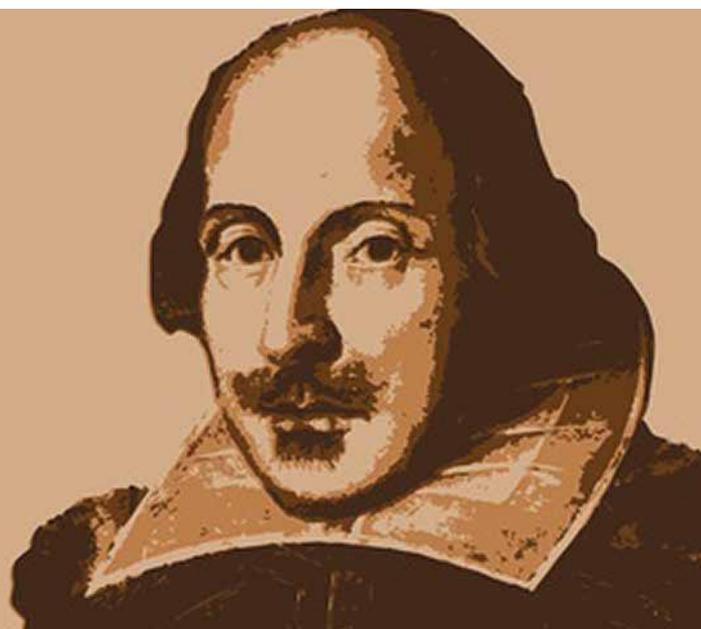
Son lecciones que todo inversor siempre debe tener en cuenta a la hora de invertir sus ahorros en la renta variable. Todavía más si lo hace en una época del año habituada a las sorpresas. **Como aquellas primeras horas del jueves 9 de agosto de 2017 en el que una llamada de teléfono despertó a Trichet de su retiro estival de lectura, poesía y baños de mar en la localidad francesa de Saint-Malo, famosa por sus murallas medievales. Al otro lado del auricular el jefe de mercados del BCE, Francesco Papadia, fue contundente:**

“Tenemos un problema”.

• • • • •
**CUALQUIER SUSTO TIENDE A
MAGNIFICARSE, PARA BIEN O PARA MAL,
DURANTE ESTAS SEMANAS AL CALOR DEL
MENOR VOLUMEN DE NEGOCIACIÓN DE
ACCIONES**
• • • • •



LA LENGUA DE SHAKESPEARE
SACA PARTIDO DEL PROFUNDO
ARRAIGO E INFLUENCIA DEL MUNDO
ANGLOSAJÓN EN ESTE NEGOCIO Y
DOMINA A SU ANTOJO TÉRMINOS,
USOS Y COSTUMBRES DEL MERCADO
DE VALORES



LOS ANGLICISMOS CAMPAN A SUS ANCHAS

La Torre de Pisa “*se mire por donde se mire, parece que se cae por un lado. Así son las acciones para el ingenio más desapasionado; si se ven desde el lado de los que venden, parece que se precipitan; si se ven desde el lado de los que compran, parece que se remontan; y desde cualquier parte que se miren, parece que para allá se inclinan*”.

Sarcasmo, ironía, crítica, ocurrencia brotan a destajo en cada página del que se considera el primer libro sobre la bolsa que se escribió en la Historia. Su autor, como no podía ser menos, fue un español. José de la Vega, natural de Espejo (Córdoba) y raíces judías, escribió y publicó su *Confusión de confusiones* en 1688 en Ámsterdam, entonces el centro financiero de Europa por excelencia. Esta obra, que pasó dos siglos en el olvido hasta que un historiador la rescató, estaba escrita en español. Pocos ejemplos más de expresión de la lengua de Cervantes se encuentran en la historia, usos, costumbres, términos y lenguaje de los mercados de valores. Hoy, quizás más que nunca, casi todo lo domina el inglés de ahí que esta nueva entrada de nuestro particular diccionario sobre la bolsa tenga más de ocurrente servicio de traducción e interpretación que de diccionario al uso.

El aprendizaje en el intrincado mundo de los mercados financieros ya no sólo exige formación e interés. También obliga al conocimiento de muchos anglicismos, muchos términos en inglés que se han acabado asentando en la jerga financiera para nombrar, por ejemplo, determinados productos. Es el caso de las opciones **call** y **put**. Una **call** es una opción que da al inversor la posibilidad de comprar un determinado activo a un determinado precio en un plazo concreto. Una **put** es la opción inversa dado que ofrece la posibilidad de vender un activo a un precio fijo en una fecha establecida. Ese precio de ejercicio prefijado de antemano en cualquier opción recibe el nombre de **strike**. Siempre relacionado con estos términos aparecen los **warrants**, valores negociables cuyo precio fluctúa en función de su activo de referencia (acciones, divisas, índices bursátiles, materias primas) y que dan la opción de comprar (**call**) o vender (**put**) ese activo a un precio a largo de la vida del warrant o a su vencimiento.

Dada la tremenda influencia, arraigo y tradición del mundo anglosajón en los mercados financieros no debe sorprender que los anglicismos se cuelen en las operaciones más sencillas de la bolsa. Ocurre cuando el valor de una acción se divide para que sea más barato y los títulos puedan comprarse y venderse con más facilidad, lo que se conoce como **split**. También pasa con la operación inversa, el **contrasplit**, que consiste en agrupar varios títulos para que la acción tenga un precio mayor y se reduzca su volatilidad.

Los dividendos, ese botín que los accionistas sacan por sus acciones cada cierto período de tiempo, también tienen sus particulares anglicismos. Desde que estalló la crisis financiera en Estados Unidos hace diez años se ha popularizado entre las compañías el pago a los accionistas con acciones de nueva emisión, en vez de efectivo, que era lo habitual. Esta práctica recibe el complejo nombre de **scrip dividend**, nada más lejos del común de los saberes y de los inversores. Para que un accionista valore qué parte de los beneficios de la compañía se destina a dividendos no tiene nada más que prestar atención a otro ratio de complicada denominación, también en inglés, el **pay-out**.

Esta extensa terminología en inglés, que aleja y dificulta la comprensión del mundo de la bolsa, tiene palabras para todos los gustos y situaciones. Si una compañía es sólida y sus acciones tienen menos volatilidad y más liquidez, se le llama blue chip. Cuando una compañía avisa al mercado de que no va a cumplir sus objetivos, anuncia lo que se denomina un **profit warning**. El accionista significativo o consejero de una compañía que compra o vende títulos de esa empresa recibe el nombre de insider. E incluso el intermediario financiero tiene su particular término, **bróker**.



www.bancapatrimonialglobalcaja.es

**Descubra en nuestra página web
todas las ventajas de una
Banca Patrimonial muy suya**

Newsletter